

PABLO  
GONZÁLEZ  
CASANOVA

# IGUALAR CON LOS ACTOS LAS PALABRAS\*

EN EL SEXTO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SALVADOR ALLENDE

I

“Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres y no pueden consultarse tan pronto.” Ese fue el mérito de Bolívar, a juicio de Martí y ese el de Salvador Allende, símbolo de las luchas de la clase obrera chilena por el socialismo y la liberación.

Salvador Allende parecía siempre como si estuviera esperando la hora de dirigirle la palabra a las masas. Su voz contenida y baja tenía una inmensa posibilidad de expresión. Pero Allende era mucho más que un orador, mucho más que un líder de masas. Hecho a la política parlamentaria, brillante en el discurso, vital en la tribuna o la plaza, Allende no sólo fue un gran político de la izquierda chilena, y un gran presidente, sino un revolucionario. Le enseñó a la clase obrera a luchar por el poder, y él mismo dio un combate resuelto para que la clase obrera alcanzara el poder. Usó la palabra como anuncio exacto de la acción. Y la cumplió hasta el heroísmo.

A lo largo de la vida de Allende en él se advirtió un esfuerzo constante de superación, un ir más allá

de su propia clase, más allá de su propia profesión, más allá de su experiencia política y como en busca del contenido profundo de las formas legales.

Ir más allá de sí mismo y de las propias palabras, de donde se parte y de un mero decir, fue característica constante en la personalidad de Allende.

Nacido a principios de siglo en una familia de clase media —el padre de Allende era notario—, y educado con una perspectiva liberal, como estudiante pronto se ligó a los grupos de izquierda de la Universidad. Con ellos dio todas las batallas posibles y se negó a dar las que sólo constituían declaraciones emocionales o exageraciones verbales. Como presidente del Centro de Estudiantes de Medicina y vice-presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, el joven luchador fue expulsado de la Universidad y hecho prisionero por sus actividades revolucionarias. En medio de esa y otras persecuciones, se hizo médico y ejerció la medicina, dedicado siempre a las actividades políticas. En 1933 participó en la fundación del *Partido Socialista de Chile*, un partido que postuló desde el principio la ideología marxista y el internacionalismo proletario, y que fue estrechando cada vez más sus vínculos y alianzas con el mundo socialista y con los comunistas. En el partido hizo carrera desde los puestos más bajos hasta llegar a Secretario General. En su profesión, aparte del ejercicio diario escribió un libro sobre *La realidad médica social en Chile*, dirigió varias revistas de la especialidad, una dedicada a la medicina social, y fue presidente de la Asociación Médica. En 1937 inició su carrera parlamentaria. Fue elegido diputado de Valparaíso. Dos años después, durante el gobierno del Frente Popular presidido por Pedro Aguirre Cerda, ocupó el Ministerio de Salud Pública, y desde ahí desplegó una intensa labor. En esa época se casó con Hortensia Bussi, hoy conocida por su movilización de la opinión pública mundial en favor del pueblo chileno.

Del Frente Popular, Allende guardó siempre la idea de que “la lucha esencial en los países capitalistas dependientes o *en vías de desarrollo* es la lucha anti-imperialista”, y la convicción de que la unidad del pueblo y sus organizaciones es apremiante para alcanzar el éxito.

Allende fue varias veces senador en representación de distintas provincias —desde Chiloé hasta Antofagasta—. En 1967 ocupó la presidencia del Senado.

En su larga tarea legislativa —de más de treinta años— presentó diversos proyectos de ley. Uno de ellos fue especialmente importante: el proyecto de nacionalización del cobre, mineral sobre el que descansa en gran parte la economía chilena, y propiedad de los monopolios extranjeros. Por ese proyecto de nacionalización lucharía desde 1952 —en que una coalición de izquierda encabezada por el Partido Socialista y el Partido Comunista, lanzó su candidatura a la presidencia de la república— hasta

\*Este texto es la presentación escrita por Pablo González Casanova para el disco grabado en la serie *Voz Viva de América Latina* (UNAM, Difusión Cultural), que recoge la conferencia pronunciada por el Dr. Allende en el auditorio central del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. El disco circulará en unos meses.



Pablo González Casanova es uno de los más importantes investigadores mexicanos en el terreno de las ciencias sociales. Su libro, *La democracia en México*, es ya un clásico de indispensable lectura.

que logró que fuera aprobado, siendo ya presidente, tras su cuarta postulación.

A fines de 1969 la Unidad Popular, integrada por el Partido Socialista, el Partido Comunista, y otros partidos y organizaciones radicales, socialdemócratas y de izquierda cristiana, lanzó nuevamente como su candidato a la presidencia al Dr. Salvador Allende. En ese momento la izquierda chilena ya no sólo pugnaba por una política de nacionalizaciones dentro del capitalismo. Se proponía acabar con el propio capitalismo, fuente de la dependencia, la desigualdad, la miseria y explotación de la mayoría del pueblo chileno.

El proyecto de la Unidad Popular llamó la atención en el mundo entero: era el de un camino pacífico, legal, al socialismo.

El descrédito de todas las fuerzas contrarias, "desarrollistas" y "demócrata-cristianas", así como la crisis en que se encontraba Chile, y la creciente esperanza en un gobierno y un sistema socialista permitieron a la Unidad Popular ganar las elecciones.

El viejo proyecto cultivado durante años por las organizaciones más significativas de la clase obrera pareció próximo a su realización. Allende luchó denodadamente por realizarlo. Libró un combate simultáneo, difícilísimo, por la democracia y el socialismo. Usó todos los recursos jurídicos y políticos a su alcance. Nacionalizó la minería del cobre, la del hierro, el salitre y el carbón. Expropió a los grandes latifundistas para entregar las tierras a los campesinos. Y al mismo tiempo logró un notable crecimiento de la actividad económica y social: el desempleo bajó al 3%, y el 99% de los niños pudieron encontrar una plaza en la escuela. Todo ocurrió en medio de uno de los planes más agresivos en la historia de las oligarquías latinoamericanas y del imperialismo norteamericano. Estos, primero se propusieron que Allende no llegara al poder, ¡y con qué recursos! Cuando les resultó imposible, organizaron cuidadosamente su derrocamiento.

Las leyes mismas del capitalismo se movieron contra el gobierno de la Unidad Popular: fuga de capitales, inflación, inestabilidad monetaria, especulación, acaparamiento. Al nivel político, presiones, rumores, críticas de ruptura, de impugnación, de detracción, sabotaje en aparatos de gobierno —desde el legislativo, pasando por los órganos del propio ejecutivo y los tribunales, hasta el ejército, muchos de cuyos jefes habían sido formados en las escuelas del imperio y forjados en la historia brutal del oligarca, escondido en el mito.

Sobre las tendencias naturales del propio capitalismo, y las respuestas de la oligarquía, la burguesía y los sectores más reaccionarios, el imperialismo y sus aliados internos montaron un plan de "desestabilización", de intervención global, cruenta, calculada, destinado a acrecentar todos los puntos críticos y a agitar en gran escala las contradicciones, todo a modo de llevar al gobierno al fracaso y de

obligar al presidente a torcer el rumbo y transar, o a dimitir, o a suicidarse, o a huir, y en última instancia destinado a provocar un golpe de Estado o una guerra civil.

Si el plan fue negado durante su ejecución y poco después, a la postre el jefe de la CIA reconoció ante el Congreso de los Estados Unidos que su organización había trabajado en la gran conjura. Más tarde el propio presidente de los Estados Unidos admitió la intervención. Fue este un caso acabado de macro-manipulación destinada a quitar el máximo de bases sociales al gobierno, en especial las capas medias, y a establecer una formación político-militar que auxiliara a las fuerzas del imperio y la oligarquía.

En el plan desestabilizador jugaron papeles significativos los gremios profesionales, los gremios de propietarios de autobuses y comercios, los medios de comunicación de masas, que reclamaron con aire de "justa indignación" la libertad de conspirar; los militares golpistas que se fueron apoderando del ejército, y todos los grupos reaccionarios y fascistas de los partidos tradicionales y la democracia cristiana. Con ellos, los conjurados irritaron el ambiente y realizaron múltiples acciones de sabotaje tendientes a provocar la inestabilidad del gobierno y a demostrar su incapacidad de controlar la vida económica, social y política. Sembraron el terror en la vida cotidiana y en los hombres simples.

Con esos grupos y el uso abundante de agentes disfrazados de civil, que empleaban lenguajes ultra-revolucionarios para descalificar a los partidos y líderes de la Unidad Popular, al tiempo que enconaban las diferencias tácticas revolucionarias, lograron acentuar las divisiones de la izquierda, y llegaron incluso a movilizar algunos núcleos de trabajadores, como si quisieran mostrar que la propia clase obrera estaba contra su gobierno.

La preparación psicológica de la formación reaccionaria fue labor primordial de los golpistas. Adiestraron su voluntad y ánimos para la guerra interna contra el pueblo chileno, tachado de "irresponsable", cosificado, deshumanizado, convertido mentalmente en fiera presa.

El gobierno pudo resistir tres años. Lo que es más, cuando las elecciones municipales de 1973, logró votación mayor que la de 1970, hecho sin precedente en la historia de los gobiernos chilenos. Pero no cabe duda que durante ese tiempo, el gobierno perdió parte importante de las fuerzas sociales que originalmente lo apoyaban, o toleraban —en especial de la pequeña burguesía y las clases medias, víctimas después del golpe que ellas mismas contribuyeron a forjar.

El gobierno perdió posiciones de mando en el propio ejército, cuyos oficiales progresistas fueron privados de los altos puestos y el mando de tropas, mientras otros eran depurados. En junio de 1973 hubo un intento de golpe que sirvió como ensayo.

Permitió a los conjurados conocer quiénes eran sus amigos para exaltarlos, y cuáles sus enemigos para desplazarlos o ficharlos en espera del golpe final. Ocurrió éste el 11 de septiembre de 1973 — día ominoso—. En la madrugada misma los golpistas fusilaron y asesinaron en los cuarteles a los oficiales y soldados amigos del pueblo, leales al gobierno, víctimas ellos mismos de la cultura de la opinión y del mito institucional en que seguían creyendo.

Las diferencias entre la izquierda, las diferencias en el propio seno de la Unidad Popular, las diferencias en la conciencia y perspectiva revolucionaria del propio proletariado chileno fueron determinantes para la derrota del gobierno. Con ellas tal vez uno de los elementos más importantes de la tragedia fue la dificultad de cambiar una mentalidad y una cultura hechas por años y años a las presiones y la protesta, como lucha legal o resistencia violenta más decidida al sacrificio que a alentar la movilización de fuerzas populares, efectiva, organizada y auxiliada por militares demócratas y revolucionarios para imponer ley, libertad y revolución, contra quienes violaban paladinamente las leyes, y anunciaban en todos sus actos el mito de sus creencias, y su profunda decisión de ejercer y practicar la violencia máxima.

Ese cambio de mentalidad no se pudo dar. No fue posible tomar a tiempo las medidas que tarde se lamentaron. Ni el pueblo como conjunto de con-

sultas propias, ni la inmensa mayoría de sus organizaciones pudieron aconsejarse y hacerse a defender la ley con la fuerza, menos a emplear la fuerza y las armas frente al proyecto proditorio de la oligarquía y el imperialismo. La necesidad pareció destino, el conocimiento, inútil. Ya tarde, en algunos barrios populares, en algunos cordones industriales, los obreros resistieron prefiriendo morir antes que darse por vencidos. El presidente Allende de su lado dio alto ejemplo de heroísmo. Asediado en el palacio de gobierno llamado de "La Moneda" prefirió morir con las armas en la mano antes que rendirse. Durante siete horas luchó con un pequeño grupo de partidarios contra fuerzas infinitamente superiores: tanques, aviones, artillería de grueso calibre. Murió como ningún presidente latinoamericano, investido de los símbolos que le diera el pueblo, las armas en la mano, el palacio incendiado y deshecho, vivo el proyecto de defensa de la ley para el programa popular, y naciendo una nueva historia que escribirían, según pensaba, América y su pueblo.

Allende había dicho que él sabría comportarse como un revolucionario: "¡a la violencia contrarrevolucionaria, dijo, el pueblo chileno responderá con la violencia revolucionaria!". No se cansó de sus palabras. Dos años antes había asegurado sereno, con su énfasis serio: "... Se los digo con calma, con absoluta tranquilidad. Yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquéllos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré la Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno Popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo."

Salvador Allende fue "un hombre profundamente humano". Fue un hombre de honor. Dijo lo que pensaba. Hizo lo que dijo. Igualó con sus actos las palabras. En la historia de la cultura latinoamericana acabó con la fraseología, haciendo de la persuasión y la retórica, la figura exacta de la conducta. "El presidente Allende — proclamó Fidel Castro en el acto póstumo que organizó el pueblo cubano— ¡no le falló a su pueblo chileno! ¡Del mismo modo, el pueblo chileno no le fallará al presidente Allende! ¡Los revolucionarios chilenos no le fallarán al presidente Allende! ¡Y sobre todo escucharán sus llamados a la unión más estrecha para llevar adelante la lucha libertadora!".

"Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente". □

